

Oposición democrática y paz¹

Por Eduardo Posada Carbó

¿Existe en Colombia la oposición política? A primera vista, parecería una pregunta innecesaria. Las evidencias no deberían dejar dudas. El país está organizado bajo estructuras democráticas y constitucionales. Andrés Pastrana es hoy Presidente tras haber derrotado, desde la oposición, al candidato del entonces partido gobernante. Su administración se ha enfrentado, durante más de tres años, no sólo a la oposición del partido liberal, sino a la de otro buen número de movimientos independientes - una oposición que se ha hecho sentir en el Congreso, en los gobiernos locales, en las elecciones, y en la opinión pública.

A pesar de éstas y otras evidencias, la noción de que en Colombia no existe oposición se encuentra bien difundida, y hasta relativamente arraigada como cualquier otro estereotipo. Tal vez para algunos sea sorprendente que un juicio tan equívoco sobre la naturaleza del régimen político colombiano se encuentre popularizado. No así, por supuesto, para quienes se han levantado en armas contra el sistema: después de todo, la noción que aquí no existe oposición política, ni espacio para ella, es, en últimas, su *raison d'être*, la justificación de su existencia revolucionaria. En palabras de Raúl Reyes, uno de los líderes de las Farc, "es lamentable la cantidad de muertos en tantos años de guerra, debido a la insistencia del Estado en liquidar la oposición política democrática".²

¿Existe o no entonces oposición política democrática? Urge clarificar este interrogante. Muy pocos temas se encuentran, como éste, tan estrechamente atados a las perspectivas de una paz negociada en Colombia. Importa apreciar, primero, cómo la idea que niega la existencia de la oposición - con variaciones de énfasis - ha sido aceptada, sin mayores problemas, por amplios sectores de la misma dirigencia nacional.

Algunos, como el exministro de Defensa, Rafael Pardo, consideran que en Colombia "no hay tradición de oposición, no se le entiende, se le interpreta como deslealtad o

mala leche, se le tacha de conspiración".³ Según la exministra de Relaciones Exteriores, María Emma Mejía, "por primera vez tratamos de construir una oposición". ¿Por primera vez? ¿Y antes? Pues antes habrían sido apenas "180 años de liberales y conservadores, unas ideologías muy cerradas que tenían el control de la nación; se turnaban en el poder, y si había problemas, se arreglaban entre ellos".⁴ Cuando un líder guerrillero manifestó que las Farc eran "el único grupo de oposición en Colombia", el director de la revista *Cambio*, Roberto Pombo, escribió: "La expresión es cierta de manera dramática. No existe una oposición de verdad en Colombia a los partidos que llegan al poder, distinta de un contrapunteo agresivo y superficial entre sectores que por estos días dividen a los políticos del establecimiento. Pero nada más".⁵ De acuerdo con Felipe Zuleta, "en Colombia no hay democracia real ni oposición verdadera".⁶ Otro columnista de *El Espectador*, Juan Carlos Rodríguez Raga citaba una entrevista de dicho periódico con Fabio Valencia Cossio, en la que el dirigente conservador sostuvo que "la única oposición real se encuentra en el monte".⁷ Y siendo ministro de Energía, en un muy divulgado discurso, Luis Carlos Valenzuela, tras anotar que "si hubiéramos tenido élites no hubiéramos dejado asesinar... a todos y cada uno de los líderes de izquierda que quisieron hacer política a través de canales democráticos...", observó que "ésta era una sociedad donde tan sólo podía hacerse oposición en forma armada".

Quizá falten precisiones en todas estas citas. Y quizá no les esté haciendo plena justicia a las respectivas posiciones de tan distinguido grupo de dirigentes colombianos. Pero creo que lo que allí dicen - en discursos, columnas, y entrevistas publicadas en diarios de importancia nacional e internacional -, ilustra muy bien el tema que debería ser objeto de un análisis más sistemático. Hay que subrayar su origen: exministros y ministros en ejercicio, destacados periodistas y líderes políticos, liberales y conservadores. Y hay que subrayar también los preocupantes mensajes de sus palabras: aquí no habría existido una tradición de oposición; no habría oposición de verdad; la única oposición posible sería la armada - mensajes aún más tajantes cuando provienen de sectores opuestos a los partidos tradicionales. ¿Cómo explicar que tales mensajes - en mi entender, falsos, - hayan logrado tanto arraigo?

Sin ánimo exhaustivo, enumero algunas explicaciones. La primera se encuentra en la

pobre historiografía política del país: a falta de estudios comprensivos sobre el pasado de nuestras instituciones democráticas - de los partidos, del Congreso, de las elecciones, o de la prensa -, han hecho carrera juicios erróneos que casi nadie se molesta en refutar. La segunda, y quizá la de mayor fuerza explicativa, está relacionada con la interpretación dominante sobre la naturaleza del Frente Nacional. De manera equívoca se asume que el acuerdo bipartidista excluyó en la práctica el desarrollo de una oposición democrática. La tercera tiene su origen en la trágica suerte de la Unión Patriótica, cuya experiencia tiende a aplicarse a toda la realidad política colombiana. La cuarta es conceptual: la misma noción de "oposición" se encuentra desvirtuada, asimilada casi exclusivamente al enfrentamiento radical y extremo contra el "sistema". La quinta nos remite a la misma dinámica de las negociaciones de paz, donde con frecuencia representantes del Estado y la sociedad han adoptado la retórica de la guerrilla.⁸

Todas estas explicaciones merecen un examen más profundo que el que permiten estas líneas. Haría falta, para comenzar, una revisión de nuestra historia política que permitiese entender cómo, por lo menos desde las elecciones de 1836-7,⁹ se desarrolló aquí un sistema competitivo de partidos que abrazó de manera temprana, aunque no libre de problemas, la idea moderna de la oposición política. Tal revisión exigiría el abandono de posturas parroquiales que impiden valorar las conquistas democráticas colombianas en un contexto comparativo.¹⁰ Por supuesto que haría falta revisar también los estereotipos sobre el Frente Nacional.¹¹ Aquí no se instaló en 1958 un sistema de gobierno-oposición a la inglesa. Tampoco se instaló, sin embargo, un sistema bipartidista puro, de consenso sólido y permanente, sin fisuras. El pacto frentenacionalista pudo haber minado la cohesión de los partidos, y retardó tal vez su modernización; pero no impidió que se desarrollara la oposición democrática, ni que ésta dejara de expresarse en la prensa, en las corporaciones públicas o en las urnas.

Haría falta insistir además que, cualquiera sea la interpretación del pasado, el Frente Nacional dejó de existir hace ya muchos años. Que en su reemplazo existe hoy una nueva estructura del poder, con más amplios espacios para el pluralismo, político y cultural.¹² Que ésta nueva estructura vino acompañada de un proceso de paz que

permitió la desmovilización e incorporación de varios grupos guerrilleros al sistema político. "Cambiamos las balas por los votos y vinieron los resultados", expresó recientemente Antonio Navarro Wolf, al hacer el balance de la desmovilización del M19, mientras destacaba sus buenos éxitos electorales y políticos desde 1991, a pesar de sus limitaciones.¹³

Haría falta, finalmente, aclarar tanta confusión conceptual alrededor de la misma noción de la "oposición". Al referirse a la falta de una "tradición de oposición" o de una "oposición de verdad", los dirigentes arriba citados tendrían tal vez razón si precisaran que con ello quieren decir que aquí no contamos aún con ese sistema de gobierno partido-oposición que quiso institucionalizar la administración Barco.¹⁴ Es cierto que sobrevive una inclinación colombiana hacia los gobiernos de coalición nacional - en parte por los temores frente a la experiencia histórica de la violencia sectaria, en parte por los apetitos clientelistas, y en parte porque todo país en crisis busca minimizar las diferencias y crear amplios consensos para garantizar la gobernabilidad. Y es cierto también que es necesario fortalecer nuestra democracia con una oposición modernizada, con mejores herramientas para su cabal funcionamiento, con un sistema de bancadas en el Congreso, con partidos disciplinados - algunas de las medidas de la tan anhelada como escurridiza reforma política que reclama la nación.

Sin embargo, ninguna de estas calificaciones y precisiones conceptuales debería conducirnos a negar con simplismos y en términos absolutos, como se hace con frecuencia, que en Colombia ha existido y existe una oposición democrática. Muchos menos a seguir aceptando el dominio de un lenguaje con el que se justifica la apelación a las armas. El propósito de la paz exige deslegitimar la violencia en todas sus formas. Creo además que en la revaloración y reconocimiento de las conquistas democráticas colombianas, con sus complejidades e imperfecciones, se encuentra un terreno mejor abonado para la salida negociada del conflicto.

Notas bibliográficas

¹ Este es el noveno de una serie de artículos en la que se examina el lenguaje que domina hoy el análisis de la realidad colombiana y sus efectos en la búsqueda de la solución negociada del conflicto armado.

² Entrevista en *El País*, Madrid, marzo 3 del 2000.

³ Rafael Pardo, "Oposición o polarización", *El Espectador*, agosto 11 de 1999. A ésta, y algunas de las otras citas que siguen, me había ya referido en otro ensayo donde sugerí también la importancia de revisar el lenguaje con que se analiza la realidad política colombiana: "La crisis política como crisis intelectual", en autores varios, *¿Qué está pasando en Colombia? Anatomía de un país en crisis* (Bogotá: El Ancora, 2000 y 2001).

⁴ Entrevista en *El País Semanal*, Madrid, agosto 15 de 1999.

⁵ Roberto Pombo, "La voz de Cano", *Cambio*, noviembre 15-22 de 1999.

⁶ Felipe Zuleta, "Paradojas", *El Espectador*, junio 5 del 2000.

⁷ Juan Carlos Rodríguez Raga, "Pocos sordos hacen muchos mudos", *El Espectador*, agosto 9 de 1999.

⁸ Véase sobre este último punto el ensayo de Malcolm Deas, "La paz: entre los principios y la práctica", en Francisco Leal Buitrago, ed., *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz* (Bogotá: Tercer Mundo, 1999).

⁹ Véase mi ensayo "Alternancia y república: elecciones en la Nueva Granada y Venezuela, 1835-1837", en Hilda Sabato, ed., *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1999).

¹⁰ Véase, por ejemplo, el interesante texto de Richard Hofstadter, *The idea of a party system. The rise of legitimate opposition in the United States, 1780-1840* (Berkeley, Los Angeles y Londres: University of California Press, 1969).

¹¹ Debería prestarse mucho más atención al trabajo clásico de Mario Latorre, *Elecciones y partidos políticos en Colombia* (Bogotá: Universidad de los Andes, 1974).

¹² Cualquier mirada a la composición de los gobiernos locales y a los resultados electorales de las últimas elecciones presidenciales lo comprobaría. "Las terceras fuerzas", como lo ha mostrado Francisco Gutiérrez Sanín, "han tenido en las últimas tres décadas un espacio dentro del sistema político colombiano que ningún observador podría calificar razonablemente de 'insignificante'"; véase su ensayo, "Rescate por un elefante. Congreso, sistema y reforma política", en Ana María Bejarano y Andrés Dávila, eds., *Elecciones y democracia en Colombia, 1997-1998* (Bogotá: Uniandes y Fundación Social, 1998).

¹³ Antonio Navarro Wolf, "La desmovilización del M19, diez años después", en Fernando Cepeda Ulloa, ed., *Haciendo paz. Reflexiones y perspectivas del proceso de paz en Colombia* (Bogotá: El Ancora, 2001). Véase también sus declaraciones en *El Espectador*, "La paz vista desde la guerra", abril 22 de 2001.

¹⁴ Véase el ensayo de Fernando Cepeda Ulloa, "Una Colombia nueva: la visión política de Barco", en Malcolm Deas y Carlos Ossa, eds., *El gobierno Barco. Política, economía y desarrollo social* (Bogotá: Nomos, 1994).